

mirada halló su anclaje en un viejo prejuicio sobre los gallegos y su papel en la contienda, extendido en su día entre los medios republicanos y exiliados (y más tarde en algunos países americanos), que identificaba el gentilicio «gallego» con franquista. Y, más concretamente, con aquéllos que fueron movilizados por las llamadas fuerzas «nacionales» entre 1936 y 1939. No es este último dato el que se discute (fueron incontables los mozos gallegos reclutados de grado o por la fuerza en las siete levadas llevadas a cabo en aquel territorio, aunque tampoco fueron escasos los que empuñaron las armas para defender la legalidad republicana), sino el perverso sofisma que entraña asimilar el rápido triunfo de la rebelión en Galicia, y su posterior participación en el conflicto, con una adscripción ideológica de derecha entre la mayoría de su población. Porque, de ser así, ¿cómo explicar las 7.000-8.000 personas que allí perdieron la vida a causa de la represión legal o paralegal, cuando la resistencia al golpe de Estado no duró más de diez días? Que en Galicia no hubiese guerra, sino sólo represión, es, justamente, la paradoja a la que los trabajos aquí reunidos dan una acabada elucidación. El hecho de que en una zona situada en la retaguardia de la contienda y dominada desde el primer momento por los alzados, se desencadenase semejante espiral de violencia política, terror, y una de las coyunturas represivas más atroces que conoció el territorio controlado por los franquistas, sólo puede ser explicado si se pone en relación con el grado de socialización política que ya existía de manera previa al golpe de estado de julio de 1936. Los diferentes trabajos que componen el libro muestran claramente la adecuación que hubo entre —en palabras de Villares Paz— «la dureza del castigo y la extensión del ‘pecado’ o lacra que se quiere erradicar».

En el último apartado del libro, y como una suerte de epílogo del mismo, X. M. Núñez Seixas aborda de modo panorámico e interpretativo el también muchas veces ignorado u

oscurecido —no obstante ser uno de los mejor conocidos prosopográficamente, al menos en relación con su volumen— exilio que protagonizaron varios centenares de gallegos tras el triunfo de los alzados en su país de origen. El autor pasa revista a las peculiaridades del exilio gallego dentro del conjunto español, analiza los diversos itinerarios de salida y las razones que contribuyen a explicar el porqué de los destinos de los exiliados tras periplos que tenían mucho de azaroso, pero también de condicionado por la experiencia previa de la emigración en masa. El fenómeno del exilio, pues, al igual que la experiencia y memoria de la represión, está mucho más presente entre sus protagonistas (o en sus descendientes) de lo que quieren hacernos creer los defensores de la ignorancia histórica. Así se está demostrando de forma consistente a la vista de los testimonios orales que lleva recogidos el Proxecto de investigación interuniversitario, *As vítimas, os nomes, as voces, os lugares*, financiado por la Xunta de Galicia y desarrollado entre las tres universidades gallegas, y cuyos resultados es de esperar que vean pronto la luz.

Ruy Farías

DIEGO CARO CANCELA

Los socialistas en la historia de Andalucía
Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2006

Prologado por el presidente de la Junta de Andalucía, Manuel Chávez, este libro de Diego Caro Cancela, profesor titular de la Universidad de Cádiz, supone una síntesis que amplía y completa otras monografías de marco local o comarcal escritas por el autor en años anteriores, y viene a resolver en parte la carencia de trabajos específicos sobre la historia del Partido Socialista Obrero Español a escala regional. A la espera de un prometido segundo volumen que abarcará el franquismo y la Transición, este primer tomo arranca su estudio en 1900 y lo continúa hasta las vísperas de la Guerra Civil.

Ante todo, el autor reconoce que la idea que le ha animado a escribir este libro ha sido la de desmontar un tópico recurrente en la historiografía española, que imperó hasta bien entrados los años 70: la tendencia a identificar el movimiento obrero en Andalucía exclusivamente con el anarquismo, y que el «milenario» anarquista se adaptaba mejor al llamado «carácter andaluz». Los anarquistas, según Caro Cancela, han resultado hasta la fecha mucho más atractivos para los historiadores, mientras que los socialistas han sido los «grandes olvidados».

Lo que se trata de demostrar es que el movimiento obrero en Andalucía era algo más que el anarquismo, y que también el socialismo, representado por el Partido Socialista Obrero Español, tendría una importante presencia en el devenir histórico andaluz. Al contrario de lo que se pensaba, en Andalucía coexistían dos grandes núcleos sindicales: el ácrata y el *social-uguetista*. Unas veces colaborando, otras veces enfrascados en una confrontación constante, estas dos formas de entender la lucha obrera convivieron en el panorama político andaluz hasta los años de la Guerra Civil. Según las circunstancias y/o lugares, para los trabajadores andaluces resultaba más atractivo el anarquismo o el socialismo. En un principio, este último tendría mayor implantación en Andalucía oriental y en la cuenca minera de Huelva, mientras que en otras zonas, como el valle del Guadalquivir, predominaba el anarquismo.

La mayor parte del libro se centra en analizar la influencia que tuvieron los diferentes acontecimientos históricos, nacionales y locales, en el desarrollo del socialismo andaluz. De esta forma, Caro Cancela construye una completa y bien documentada crónica del Partido Socialista en Andalucía desde sus orígenes hasta 1936, enmarcada en el devenir histórico de la región.

A principios del siglo XX, el desarrollo del socialismo en Andalucía había sido muy difícil, debido, según el autor, a la hegemonía anar-

quista, la represión gubernamental, el caciquismo administrativo y a la propia precariedad económica y organizativa del partido. Otros factores internos, como su dogmatismo ideológico, que le hacía centrarse en el proletariado urbano e ignorar al campesinado, y su rechazo a pactar con los grupos reformistas retrasaron su implantación. Esto cambió en las primeras décadas del siglo. Gracias a la personalidad y fuerza de algunos de sus líderes, que supieron ganarse la confianza de los trabajadores, a que por fin comenzó a prestar atención al campesinado (el grupo social más numeroso en Andalucía) y a su coalición electoral con los republicanos, el PSOE pudo ampliar su presencia e implantación e introducirse en el aparato administrativo municipal. Su militancia creció enormemente, y se amplió a otros grupos sociales, como intelectuales, estudiantes, profesionales liberales, funcionarios, etc. Por otro lado, el éxito de varias huelgas y su oposición a la guerra de Marruecos le hizo ganar gran popularidad. El partido creció tanto en Andalucía que nuestra región se convirtió en su principal baluarte en España.

En 1917, una grave crisis económica y la influencia de la Revolución Rusa produjeron grandes agitaciones obreras, en las que el PSOE y la UGT tuvieron una decisiva aportación. Por su parte, los acontecimientos de Rusia producirían la primera escisión importante dentro del PSOE, entre los partidarios de continuar en la Segunda Internacional y aquéllos que preconizaban la integración en la Tercera (*terceristas*), auspiciada desde Moscú. A la larga, estos últimos abandonarían el partido y fundarían el PCE, que ya en 1920 contaba con varios núcleos organizados en Andalucía, principalmente en las localidades de Riotinto, Pueblonuevo del Terrible y Écija. A pesar de todo, esta escisión fue poco importante a nivel orgánico y numérico en Andalucía, ya que en la región predominaba la posición favorable a la permanencia en la Segunda Internacional y en el PSOE. La influencia más negativa que ten-

LECTURA

dría esta polémica fue que agotó y desencantó a buena parte de la militancia.

A pesar del fracaso de las huelgas de 1917, Caro Cancela considera que esta experiencia sirvió para que el partido mejorase su organización. Sin embargo, la represión estatal, que culminó en 1923 con el inicio de la dictadura de Primo de Rivera, desbarató buena parte de este trabajo. Tras una etapa inicial de titubeos, a finales de la década de 1920 su firme oposición a la dictadura le hizo recuperar popularidad, y de esta manera colaborar activamente en la caída de Primo de Rivera. La militancia socialista, curtida en multitud de luchas sociales y laborales, presentaba una mayor preparación y disciplina que los inexpertos grupos republicanos y que los sectores monárquicos, desmoralizados y desorganizados. Todo esto explica, en parte, su éxito en la campaña electoral de 1931, que propició el 14 de abril de ese año la proclamación de la II República.

Los primeros años de la República vieron una auténtica «euforia republicana». El PSOE era la principal fuerza política a nivel municipal, lo que se tradujo en una importante política reformista, centrada en el mundo laboral y en el educativo. Sin embargo, esto no tardó en encontrarse con la firme oposición de las oligarquías locales, que desde el primer momento conspiraron para terminar con esta experiencia. Por otro lado, el fracaso de algunas de las reformas emprendidas provocó el desencanto de buena parte de la militancia y de los votantes socialistas, lo que facilitaría la llegada al poder de las derechas en 1933. Éstas iniciaron el desmantelamiento de todas las reformas realizadas hasta ese momento, lo que suscitaría una gran reacción popular, que culminó en la «revolución» de octubre de 1934, en la que el PSOE tendría una importante participación.

Este apoyo a los sucesos de 1934 hizo que el gobierno conservador iniciase una cruenta represión contra el partido. Se destituyeron todos sus alcaldes y concejales, se cerraron

sus sedes por toda Andalucía y se encarceló a muchos de sus militantes. Sin embargo, esta política represiva y el escándalo del *estraperlo* terminó pasándole factura al gobierno, que fue derrotado en las elecciones de febrero de 1936. El PSOE, de nuevo en el gobierno, podía reemprender las reformas iniciadas en el bienio progresista, pero las divisiones internas entre *prietistas* o moderados y *caballeristas* o radicales, y el clima de imparable violencia política, que culminó en el golpe de estado de julio de 1936, acabó con estas esperanzas.

Junto con el desarrollo histórico del PSOE, el trabajo también incluye algunas referencias a la UGT, ya que la frontera entre partido y sindicato era muy tenue en aquella época. En lo que se refiere al «lado humano» del partido, del militante de a pie, de su trabajo cotidiano, de lo que, en definitiva, significaba ser socialista entre 1900 y 1936, su estudio es muy difícil, ya que, debido al tiempo transcurrido, prácticamente no quedan testimonios de primera mano de la época, y la mayor parte de la documentación interna del partido desapareció durante la guerra, unas veces destruida por las fuerzas nacionales, otras por los propios militantes que no querían que esa documentación, como tantas veces sucedería, se usase como pista para la represión. Para subsanar esa carencia, el autor ha utilizado principalmente fuentes hemerográficas, ya que la documentación más abundante que se ha conservado ha sido la prensa, principalmente la del partido (*El Socialista*, *Claridad*, etc.), acompañada de documentos epistolares en su mayor parte depositados en los archivos de la Fundación Pablo Iglesias. En resumen, una atenta crónica de los comienzos del PSOE andaluz, que esperamos sea adecuadamente continuada por su segunda parte.

Pedro Feria Vázquez